

tierra, formarse nuevamente en columnas y avanzar hacia la definitiva batalla, la batalla por la vida.

Marchan silenciosos por el camino más largo, el que conduce a los corazones. Pasarán muchos años, pero ¿qué les importa el tiempo? Se han puesto en marcha, marchan, llegarán....

E. G.

ARTE

PINTURA COLONIAL (ESCUELA CUZQUEÑA), por *F. Cossio del Pomar*.

Doscientas cincuenta páginas (1) con un abundante material de ilustraciones, que en manos de persona más versada en las actuales disciplinas de la Historia del Arte, hubieran podido convertirse en un interesantísimo ensayo de interpretación de la pintura colonial. Cossio del Pomar que escribe correctamente parece haber emprendido este estudio con más buena voluntad y patriotismo de cuzqueño, que ama su legendaria ciudad, que con pericia técnica. Las interesantísimas láminas del libro nos hacen recorrerlo premiosamente con ánimo de encontrar ese estudio definitivo que demanda nuestro arte colonial americano, pero salimos defraudados. Entre lo que deseó hacer el autor y lo logrado, se interpone una retórica sorda, monótonamente descriptiva, aisladora. Citas de Taine al comienzo. (Para Cossio del Pomar parece que la crítica de Arte empieza y termina en Taine.)

(1) H. Rozas, editor. Cuzco, 1930.

Frases y conceptos muy conocidos sobre el conquistador español (Sociología a lo Blanco Fombona) y sobre el indio. Y después de pintar el medio (como diría un tainiano), encontramos una larga enumeración de las iglesias y conventos del Cuzco y de las obras artísticas que contienen, pero sin lograr fijar ningún rasgo distintivo. Las recetas y aliños retóricos se aplican indistintamente a cualquier cuadro. Cossio del Pomar parece desconocer que la Historia del Arte, como toda disciplina de especialización, tiene su lenguaje, y que es este el que permite la comparación y el esclarecimiento cabal del fenómeno artístico. Así los términos de que se vale para clasificar su material dan la sensación de no estar apuntalados, de haber sido extraídos de algún Manual sin limitarlos bien. Habla por ejemplo, del «carácter bizantino» de la pintura colonial, y el símil no estaría mal en cuanto puede referirse al hieratismo y frontalidad de los primitivos cuzqueños, pero de aquella expresión hace un grito de guerra, insiste en ella sin averiguar como ese «carácter bizantino» pudo llegar a la latitud de El Cuzco a través de la tradición medioeval europea, o fué simplemente el escollo de la mano no avezada, como ocurre en los primitivos de todas partes.

Muchos problemas que suscita el estudio del arte colonial, apenas si se insinúan: el de la influencia indígena en la tradición española que puede corroborarse en algunos motivos decorativos, y en el abuso del tema milagroso hasta llegar al

absurdo, como objetivando el dogma católico ante la pupila de los indios; la irradiación del arte cuzqueño que a través de todo el Perú llegó a influir en las escuelas quiteñas de pintura en el siglo XVII; la biografía de algunos pintores de El Cuzco que trabajaron en otras ciudades del Virreinato como Lima y Santiago de Chile.

Y las hermosas ilustraciones del libro invitan a una interpretación más lograda. Dentro de la limitación de sus medios técnicos, la pintura cuzqueña conoció no solamente el retablo religioso sino también el grupo y la pintura de costumbres. Cuadros que representan las bodas de algún magnate colonial; una suntuosa procesión por las estrechas y amuralladas calles de la ciudad, seguida de buen acompañamiento de indios con sus trajes e instrumentos musicales típicos; cuadros de «milagros» donde florece una ingenua fantasía; las abracadabrantas representaciones del Infierno en las iglesias jesuíticas, que contrastan con la humildad de los temas franciscanos, todo ello nos serviría para una reconstrucción animada del espíritu colonial. Y el medioevalismo de este Arte donde en pleno siglo XVI y comienzos del XVII continuaba la tradición de la Edad Media española. El barroco llega a la América colonial sin el tránsito obligado por el Renacimiento. Así la pintura colonial es más expresiva que formal; el barroco agrega más patetismo y retorcimiento a una tradición que puede emparentarse con la de los primitivos de la Edad Media.

Temas de gran interés para un estudio orgánico de nuestra Cultura colonial que se mantienen todavía vírgenes.—*Mariano Picón-Salas.*

BIOGRAFIA

EUGENIA DE GUZMÁN, EMPERATRIZ DE LOS FRANCESES, por el Marqués de *Villa-Urrutia.*

Este libro (1) no corresponde al espíritu de la serie —*Vidas españolas del siglo XIX*— en que está incluido. No puede calificarse de biografía novelada; tal vez no merezca siquiera la denominación de biografía. Con él incurre su autor en un segundo pecado del mismo género, ya que *El General Serrano* adolecía de idéntico defecto. Y no es esto lo único. Su clasificación bibliográfica corresponde a la crónica periodística, más o menos exactamente; en tanto que la crítica da como sus rasgos dominantes la pesadez y la superficialidad.

Nada vive en esta obra. Ni siquiera la época que se pretende resucitar en ella. El Marqués de Villa-Urrutia, diplomático de profesión, consagra muchas páginas al estudio de la política internacional, sin la profundidad del jurista y con el atrevimiento de un redactor de vida social. Baraja muchos nombres altisonantes, campechanamente se refiere a sus dueños, relata con minuciosidad ciertas actuaciones de ellos; pero no revela juicio crítico ni solidez de conocimientos. Pudo, con el sistema que se propuso, haber

(1) Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1930.